

***El oro en la Historia de Bolivia: el metal precioso
que no le pudo ganar ni a la plata ni al estaño.***

Fabrizio D. González Quint Aranibar. La Paz:
Heterodoxia, 2021.

Lucía García Ostría
Universidad Mayor de San Andrés

El oro en la Historia de Bolivia: el metal precioso que no le pudo ganar ni a la plata ni al estaño (2022), es el primer libro de Fabrizio González Quint. Cuenta con una introducción y cinco capítulos que abordan distintos aspectos y responden a las preguntas planteadas por el autor desde el inicio. En la introducción González Quint señala la falta de trabajos historiográficos sobre el tema del oro, a pesar de que este mineral precioso ha sido extraído desde épocas prehispánicas y desde los inicios de la colonia. Además, proporciona una breve definición del concepto de “moneda”.

El autor presenta un panorama general del caso boliviano. Desde los inicios de la colonia, se conocían las riquezas auríferas en el país, especialmente en Larecaja, donde se llevó a cabo la explotación desde el siglo XVII. Sin embargo, después de la acuñación casi continua desde 1831 hasta 1857, esta práctica se interrumpió abruptamente y no se volvió a acuñar oro en la historia del país. A partir de este contexto, González Quint plantea las siguientes preguntas que busca responder a lo largo del texto ¿Por qué, en un siglo en el que el mundo adoptó el patrón oro, Bolivia no aprovechó la oportunidad de tener una moneda de oro fuerte? ¿Qué ocurrió con nuestro oro a lo largo del siglo XIX? Es en este punto cuando el autor establece que sus objetivos son abordar un tema poco desarrollado por la historiografía, desafiar la hegemonía argentífera que domina en las producciones intelectuales del país y concienciar sobre la importancia del oro para futuras investigaciones.

El primer capítulo comienza dando un contexto del periodo colonial hasta los primeros 25 años de la República. Desde la llegada de los españoles se tenía conocimiento de las riquezas auríferas del territorio, pero eso no significó que se haya acuñado oro en Potosí desde el inicio. Por el contrario, los escándalos que se dieron por la baja ley de las monedas potosinas hicieron que recién en 1778 se comience a acuñar el oro de esta región. Es a partir de ese momento que se acuñaron monedas áureas desde 1778 hasta 1850. La principal región aurífera en el periodo colonial fue Larecaja en La Paz, zona que experimentó dos periodos de auge en el siglo XVII hasta 1780 -se ve in-

terrumpido por sublevaciones indígenas- y luego a fines del siglo XVIII hasta 1824, con ciertas excepciones, pues las Guerras de Independencia paralizaron algunos años la producción y luego dejaron en ruinas la zona, razón por la cual nuestro autor se pregunta qué otras regiones auríferas pudieron existir en el siglo XIX en el territorio nacional. Para contestar esto, González Quint se remite a los relatos de viajeros como Antoine Zacharie Helms, Maury, Francis de Castelnau, entre otros. Se menciona que se extraía tanto de minas auríferas como de lavaderos de oro en los ríos Mamoré, Iténes, Madeira y otros dentro del Amazonas.

Este capítulo concluye con datos acerca de la acuñación de monedas de oro en la Casa de Moneda de Potosí. Se conoce que a la acuñación potosina aurífera era bastante inferior a la de otras cecas de la región, ya que el oro se solía transportar a Lima o Santiago. Si bien había mucho oro en el territorio nacional, no había gran tradición aurífera en Potosí. Esta situación cambió al entrar el siglo XIX y Potosí comenzó a acuñar más monedas de oro que Lima, el autor sospecha que el oro boliviano dejó de ser llevado a Lima y fue trabajado en nuestro territorio. Sobre el periodo de las Guerras de Independencia, González Quint nos brinda datos muy interesantes, como que, en 1811, después de la invasión fallida de los Ejércitos Auxiliares, en Potosí se emitieron monedas realistas, pero un año más tarde en la ceca de Potosí se acuñan las primeras monedas argentinas también en oro. Después de estos acontecimientos la acuñación aurífera se detiene en la Casa de Moneda potosina hasta 1822, última vez que se acuñan monedas realistas y luego se acuñan medallas conmemorativas como la presidencial en 1825. Si bien Bolivia nace con un patrón bimetálico, esto no toma efecto hasta 1831, durante el gobierno de Santa Cruz, cuando se empieza la amonedación áurea, después de haber creado un Banco de Rescate paceño en 1830 para la captación de este mineral. Dicha amonedación se mantiene hasta 1857, con algunas excepciones y disminuciones desde 1846.

En el capítulo segundo del libro el autor ya se adentra más a la extracción y producción aurífera de mediados de siglo XIX. A partir de los relatos de Manuel Vicente Ballivián y José Zarco, geógrafos bolivianos y de Paul Walle, se describe las grandes riquezas de oro del territorio boliviano entre lavaderos y minas, Walle llega a asegurar que había riquezas áureas en todos los departamentos de la República y el Territorio de Colonias, que aún era virgen y debía ser mejor explorado. Lamentablemente, los tres autores coinciden ya a finales del siglo XIX e inicios del XX que la producción de oro se congeló por casi todo un siglo a causa de falta de capital, de mano de obra, la inaccesibilidad de las regiones y también la inestabilidad social y política que mantenía alejado al capital extranjero. Un dato interesante que se proporciona es sobre la fundación de la Casa de Moneda de La Paz en 1853 por el

presidente Belzu, quién intentó mantener con vida la acuñación de oro en el país. Irónicamente, como el mismo autor resalta, si bien La Paz era un centro importante de producción de oro, en su ceca no se amonedó en este material, sólo se hicieron medallas. Luego la producción y amonedación de oro pasan a segundo lugar con el gobierno de José María Linares, quién elimina todo lo avanzado por Belzu y se deja de comprar el metal en la ceca de Potosí. El último presidente de la nación que intentó frenar esta tendencia fue Melgarejo en 1868, y procuró acuñar nuevamente y detener el contrabando, sin mucho éxito.

González Quint nos da un pantallazo general de cómo se manejó la producción aurífera en países vecinos como Perú, Colombia y Ecuador. Las políticas económicas de los tres países, con sus particularidades, demuestran que era posible tener una moneda de oro propia, algo que nosotros no logramos y que González critica.

El tercer capítulo es sobre el comercio y el contrabando de este metal, desde inicios de la República nacimos con este problema, como Pentland señala, no se amonedaba el oro extraído y más bien se lo sacaba de forma clandestina. Como ya se mencionó, esa situación mejoró desde 1831 hasta 1857 con las gestiones de Santa Cruz y Belzu, lo que cambió radicalmente con la gestión de Linares. Melgarejo intentó instaurar medidas para el control del contrabando del precioso metal, pero fueron un fracaso rotundo. Es decir que a partir de 1858 el contrabando representó casi la totalidad del comercio del oro en el país. Desde el periodo de gobierno de Campero en 1880 las concesiones mineras en distintas partes del país crecieron, seguramente se quería apuntar a que el oro salve a Bolivia de la crisis de la plata. Hubo un crecimiento en la producción que no se vio reflejado en las estadísticas nacionales, que eran muy precarias después del conflicto bélico con Chile. Más adelante, a partir de 1894 a 1904 –con excepción de la Guerra Federal– se tienen mejores estadísticas que muestran, ya corroborando con datos oficiales, que el oro nacional salía por contrabando, pues se reportan muy pocas exportaciones en un periodo en el que uno sólo puede suponer que la producción minera mejoró gracias a tantas concesiones de tierras. Ya con la fiebre del oro tocando la puerta del país nos quedamos con la única opción de tomar el patrón oro en el gobierno de Pando.

En el cuarto capítulo, el autor toca un tema crucial para comprender este momento histórico y es sobre la pregunta del modo cómo se adopta el patrón oro en el mundo. Luego del dominio de la plata, en 1816 nace la moneda que regirá el mundo: la “libra esterlina”. No obstante, lo que terminó por impulsar ese movimiento fue el descubrimiento de yacimientos de oro en California y Australia. Por lo tanto, si Bolivia quería seguir comerciando con el mundo debía cambiar su patrón. Distintos aspectos fueron debatidos

por los economistas nacionales como Ygnacio Calderón, Walle, Aramayo, Salamanca, Rojas. Quienes se plantearon si era conveniente seguir con el bimetalismo o tomar sólo el patrón oro; si se debía tomar el sistema decimal o duodecimal o si se debía acuñar monedas propias de oro. Pero, finalmente, se adoptó el patrón oro en 1904. Para 1908 toda esperanza de una acuñación de moneda propia se acabó, cuando se declaró el carácter cancelatorio libre de las libras esterlinas inglesas y peruanas.

Para concluir, en el quinto capítulo del libro se explica la actualidad de la producción aurífera en el país. Se comienza reconociendo a los principales países productores de oro en la actualidad: Estados Unidos, Rusia, Sudáfrica y Canadá. Para el caso, Latinoamérica como continente sólo produce un 18% de la producción mundial. De este porcentaje el mayor productor es Perú, seguido de Brasil, luego Argentina y finalmente Chile, en todos estos países la extracción está en manos de empresas de los principales países productores del mundo. Bolivia está lejos de acercarse a estos niveles, no obstante, su explotación aumentó de forma exponencial desde los años ochenta con las adjudicaciones que comenzaron desde 1983 en Larecaja, que sigue siendo el principal territorio aurífero. Desde el 2006 con el gobierno de Evo Morales, el cooperativismo experimentó un crecimiento de manera desmedida a consecuencia de los muchos apoyos estatales que lo consideraban de interés social y sin fines de lucro. A los cooperativistas no se les cobran ciertos impuestos y se les subvenciona formularios y combustible. En la actualidad el autor nos recalca que al ver las estadísticas se puede afirmar que el contrabando sigue siendo una práctica muy arraigada en la exportación aurífera. Del territorio sale más de lo que se produce de acuerdo a datos oficiales. Pero, además las cooperativas producen un 80% de la producción total nacional sin contribuir de manera considerable al erario nacional. Otro aspecto alarmante que toca González Quint es el tema del medio ambiente, pues la extracción tiene efectos como la deforestación, el envenenamiento por mercurio tanto de las aguas como del aire. El gobierno nacional relegó el cumplimiento y el monitoreo de las normas ambientales a los productores mismos, ellos no controlan lo declarado por las compañías mineras y tampoco hacen estudios por su parte para ver la toxicidad de los residuos. Ese es el caso de las compañías mineras privadas, las cooperativas ni siquiera operan con licencia ambiental -la cual tampoco es mucha garantía de nada-. El gobierno boliviano desde el mandato de Evo Morales no cumple con sus propias leyes, ni la Constitución Política del Estado Plurinacional, dejando temas tan importantes relegados y olvidados. Esa es la cruda realidad que el autor nos muestra con enorme preocupación.

El oro en la Historia de Bolivia: El metal precioso que no le pudo ganar ni a la plata ni al estaño de González Quint es una obra importante, que como ya dijimos, viene a romper algunos esquemas.